



CIEN AÑOS de Soledad

Alberto Lleras.

Revista VISION. México D. F. MEXICO.

Atraído por anteriores experiencias con las obras de García Márquez —o tal vez con el deseo de escapar a un momento de la humareda que comienzo a mirar con triste alarma—, inicié la lectura de CIEN AÑOS DE SOLEDAD. Yo recuerdo que la literatura de otros tiempos nos servía para estas escapadas. En éstos no ocurre siempre así. El universo de casi todos los escritos nuevos e deforma y afea deliberadamente para producir emociones, todavía no conocidas, de asco y horror, de odio y de desprecio, en una carrera frenética de superación para pensar lo impensable. Pero no así el mundo de García Márquez. Es también irreal, pero no es inexacto. Obedece, sencillamente, a una legislación natural diferente. Su relato no tiene tesis, ni engaño, ni provocación, ni ira. No pretende demostrar cosa alguna. Es un mundo original que le pertenece a García Márquez y a sus lectores "por la duración" como se decía en los días de la Segunda Guerra, es decir, mientras estemos dentro de él, siguiendo el curso fabuloso de Macondo, la aldea fundada para la novela. En algunos momentos —muchos—, este mundo es superior al otro, y García Márquez toma ventaja sobre el creador original al alterarle poéticamente las relaciones conocidas y sus leyes físicas. El lector vive en Macondo, la aldea perdida —ésta sí, sin metáfora—, junto a su río transparente, entre la selva, la ciénaga y la manigua, en la zona ecuatorial de un planeta en donde los muertos, en vez de desintegrarse, adoptan una lentísima rutina de atención y desvío por las actividades de los sobrevivientes. Allí Remedios la Bella entra en levitación al extender las sábanas a secar, la muerte

castiga a los seducidos por alguna doncella encantada, los pájaros mueren y caen por millones al cerrar los ojos definitivamente Ursula, la abuela centenaria, y se derogan provisionalmente todas las reglas conocidas, desde la gravitación hasta los diez mandamientos.

Empero no haya temor de que sea éste un reino siquiera predominantemente fantástico. Nada hay más real que Macondo. Una vez suprimidas las convenciones y recuerdos milenarios de la vida corriente, la de Macondo se destiza con una facilidad y una fuerza sorprendente, por su innato realismo. Nadie es más vivo y más humano y más animal que esa familia Buendía, o aun que cualquiera de los fantasmas que pueblan el sitio milagroso, y que no se han muerto del todo por puro resabio y testarudez. Sin embargo, todo es imprevisible y los extraordinarios episodios de este centenario de soledad parecen ser más bien inmediatamente anteriores a la aparición del hombre sobre la Tierra, por su brutal salvajismo y desnudez. Ese mundo supersticioso y primitivo tiene una atmósfera peculiar que purifica todo lo que las gentes de Macondo hacen al margen de la ley de Dios y de los hombres, en su casi infantil bestialidad. El pueblo de Macondo no conoce el pecado original, y el único castigo aparente para casos excepcionales de incesto es la cola de cerdo, retorcida y diabólica, que buscan los Buendía en los recién nacidos, con pánico, pero sin remordimiento.

Los cien años de soledad de Macondo ocurren al parecer en la zona bananera del piedemonte de la Sierra Nevada de

AUTORÍA

LLeras Camargo, Alberto, 1906-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cien años de soledad [artículo] Alberto Lleras.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile